Staal del. Imp. F. Chardin aîné, 30 r. Hautefeuille, Paris. Geoffroy sc.

MADAMA GEOFFRIN

Despues de todo lo que he dicho de las mujeres del siglo XVIII, habria un vacío demasiado grande si no hablara de madama Geoffrin, que es una de las más célebres y en influencia la mayor. Madama Geoffrin nada ha escrito como no sean cuatro ó cinco cartas que han sido publicadas, y aunque se citan muchos dichos de ella, notables por su exactitud y agudeza, esto no bastaria para hacerla vivir : lo que la caracteriza propiamente y hace sea digna de la memoria de la posteridad, es el haber tenido el salon más completo, mejor organizado y, si me es permitido decirlo, mejor *administrado* de su tiempo, el salon mejor establecido que haya habido en Francia desde la fundacion de los salones, desde el hôtel Rambouillet. El salon de madama Geoffrin fué una de las instituciones del siglo XVIII.

Tal vez haya personas que se imaginen que basta ser rico, tener un buen cocinero, una casa confortable y situada en un buen barrio, muchas ganas de ver gente y afabilidad al recibirla, para formarse un salon : lo que de esa manera se consigue es aglomerar confusamente la gente, llenar el salon, pero no crearlo ; y si uno es muy rico, muy activo y está muy excitado por ese género de ambicion que aspira á brillar, á la par que bien enterado acerca de la lista de las invitaciones que hay que hacer, decidido ademas á traer hácia sí á

los reyes y reinas de la estacion, podrá llegar á la gloria que todos los inviernos obtienen algunos Americanos en París : estos dan brillantes *raouts;* pasan los unos por ellos, se precipitan los otros, y el invierno siguiente nadie vuelve á acordarse de ello. ¡Qué diferencia entre este proceder de invasion y el arte de fundar un establecimiento verdadero! Jamas fué conocido ni practicado mejor este arte que en el siglo XVIII, en el seno de aquella sociedad regular y pacífica, y nadie lo llevó más adelante, ni lo concibió más en grande, ni lo aplicó con más perfeccion en sus detalles que madama Geoffrin. Un cardenal romano no habria usado de más política, de más habilidad delicada y dulce que la que ella empleó durante treinta años. Sobre todo estudiándola de cerca es como se convence uno de que para toda grande influencia social hay siempre alguna razon y que bajo esas fortunas célebres que se resumen de léjos en un simple nombre repetido de boca en boca, hay mucho trabajo, estudio y talento; en el caso presente de madama Geoffrin, es menester añadir, mucho buen sentido.

Madama Geoffrin no se nos aparece hasta que es ya anciana, y su juventud se oculta á nuestra vista en una lontananza adonde no intentaremos penetrar. Nacida en París en el último año del siglo XVII, María Teresa Rodet fué casada el 19 de julio de 1713 con Pedro Francisco Geoffrin, vecino acaudalado de París, uno de los tenientes coroneles de la guardia nacional de entónces, y uno de los fundadores de la Manufactura de cristales. Una carta de Montesquieu, del mes de marzo de 1748, nos presenta á madama Geoffrin reuniendo en esa fecha muy buena sociedad en su casa y siendo ya el centro de ese círculo que debia continuarse y ensancharse por espacio de veinticinco años. ¿De dónde salia pues esa persona tan distinguida y hábil, que no parecia destinada á representar tal papel ni por su nacimiento ni por su posicion en el mundo? ¿Cuál habia sido su educacion primera? La emperatriz de Rusia, Catalina, dirigió un dia esta pregunta á madama Geoffrin, la cual le contestó por medio de una carta que convendria unir á todo lo que ha dicho Montaigne sobre la educacion :

« Quedé huérfana, decia, de padre y madre en la cuna. Fuí » educada por una abuela anciana que tenía mucho ingenio y una » cabeza bien formada. Su instruccion era muy escasa; pero su » entendimiento tan claro, tan *diestro* y tan activo que nunca la » abandonaba y siempre reemplazaba al saber. Hablaba tan deleitablemente de las cosas que no sabía, que nadie deseaba las supiera » mejor; y cuando su ignorancia era demasiado visible, salia del » aprieto con algunas chanzas que desconcertaban á los pedantes que » habian querido humillarla. Estaba tan contenta con su lote, que » miraba el saber como cosa muy inútil para una mujer. Solia decir : « Me he encontrado tan bien sin ello que jamas he sentido su nece» sidad. Si mi nieta es una tonta, el saber la hará presumida é inso» portable; pero si tiene ingenio y sensibilidad, hará lo que yo, » suplirá *con maña y sentimiento* á lo que no sepa; y cuando sea » más juiciosa, aprenderá aquello á que más aptitud tenga, y lo » aprenderá muy presto. » No me hizo pues aprender en mi infancia » sino meramente á leer; pero me hacía leer mucho. Me enseñaba » á pensar haciéndome discurrir, y á conocer á los hombres haciéndome decir lo que pensaba acerca de ellos, y emitiendo tambien » ella el juicio que tenía formado. Me obligaba ademas á que le » manifestara todos mis impulsos y todos mis sentimientos, y los » rectificaba con tanta dulzura y gracia que jamas le oculté nada de » lo que yo pensaba y sentia : mi interior era para ella tan visible » como mi exterior. Mi educacion era contínua... »

He dicho que madama Geoffrin habia nacido en París; ahora añadiré que no salió de esta ciudad sino en 1766, á la edad de sesenta y siete años, para hacer su famoso viaje á Varsovia. Por lo demas, no habia salido de los alrededores, y hasta cuando iba á hacer alguna visita en el campo á algunos amigos, habitualmente volvia para la noche y no dormia fuera de casa. Era de opinion « que no hay mejor aire que el de París », y en cualquiera parte que hubiese podido estar, habria preferido su arroyo de la calle Saint-Honoré, como madama de Staël echaba de ménos el de la

calle de Bac. Madama Geoffrin añade un nombre más á esa lista de genios parisienses que han sido dotados en grado tan eminente de la virtud afable y social, y que son cómodamente civilizadores.

Su marido parece que representó poco papel en su vida, como no fuera para asegurar á su esposa la fortuna que fué el punto de partida y el primer instrumento de la consideracion que ella supo adquirir. Se nos representa en efecto á M. Geoffrin anciano, asistiendo silenciosamente á las comidas que se daban en su casa á los literatos y sabios. Se cuenta que, habiéndose intentado hacerle leer alguna obra de historia ó de viajes, le solian dar siempre el primer tomo sin que él se apercibiera de ello, pues se contentaba con decir « que la obra era interesante, pero que el autor se repetia un poco ». Se añade que, leyendo un volúmen de la *Enciclopedia* ó de Bayle que estaba impreso en dos columnas, continuaba la lectura de la primera columna pasando á la línea correspondiente de la segunda, lo que le hacia decir « que la obra le parecia bien, pero algo abstracta ». Esos no son más que cuentos, tales cuales debian contarse acerca del marido oscurecido de una mujer célebre. Un extranjero preguntó un dia á madama Geoffrin qué paradero habia tenido aquel señor anciano que en otro tiempo asistia regularmente á las comidas y á quien no se le veía ya. — « Era mi marido, contestó, se ha muerto. »

Madama Geoffrin tuvo una hija, que llegó á ser la marquesa de la Ferté-Imbault, mujer excelente, dicen, pero que no tenía la moderacion de sentido y la perfecta mesura de su madre, la cual solia decir de ella : « Cuando la miro, me encuentro como una gallina que ha empollado un huevo de ánade. »

Madama Geoffrin tenía pues algo de su abuela, y se nos aparece por lo demas como la única de su raza. Su talento, como todos los talentos, era enteramente personal. Madama Suard nos la representa imponiendo el respeto con su afabilidad, « con su alta estatura, sus cabellos plateados cubiertos con una cofia anudada bajo la barba, con su porte tan noble y decente y su aire juicioso mezclado de bondad ».

Diderot, que acababa de jugar una partida de piqué con ella en

el Grandval, en casa del baron de Holbach, adonde habia ido ella á comer (octubre de 1760), escribia á una amiga : « Madama Geoffrin estuvo muy bien. Siempre llama mi atencion el gusto noble y sencillo con que se viste esta mujer : ese dia era una tela sencilla, de color austero, de anchas mangas, la ropa blanca de lo más lisa y fina, y la pulcritud más esmerada en todo. » Madama Geoffrin tenía entónces sesenta y un años. Este vestir de anciana, tan exquisito en modestia y sencillez, le era peculiar, y recuerda el arte muy parecido de madama de Maintenon. Pero madama Geoffrin no tenía que cuidar y entretener los restos de una hermosura que todavía brillaba por momentos en la semioscuridad ; fué francamente vieja temprano y suprimió el otoño. Miéntras que la mayor parte de las mujeres están ocupadas en ejecutar la retirada con buen órden y en prolongar su edad de la víspera, ella tomó por sí misma la delantera y se instaló sin escatimar nada en su edad del dia siguiente : « Todas las mujeres, se decia hablando de ella, se visten como la víspera, únicamente madama Geoffrin se ha vestido siempre como el dia siguiente. »

Madama Geoffrin pasa por haber tomado sus lecciones de gran mundo en casa de madama de Tencin y por haberse formado en esta escuela. Se cita esta palabra de madama de Tencin, la cual, viéndola hácia el fin muy asidua en visitarla, decia á sus tertulianos : « ¿ Sabéis qué es lo que viene á buscar aquí la Geoffrin? viene á ver qué es lo que podrá recoger de mi inventario. » Este inventario no era de desdeñar, pues se componia por de pronto de Fontenelle, de Montesquieu y de Mairan. Madama de Tencin es mucho ménos notable como autora de historias sentimentales y romancescas, en las cuales tal vez tuvo por colaboradores á sus sobrinos, que por su espíritu de intriga, su destreza y la valentía é importancia de sus juicios. Mujer poco estimable y cuyos actos hasta se acercaron algunos al crímen, quien á ella se aproximaba era prendido en sus lazos por su aire de candor y casi de bondad. Cuando sus intereses no estaban en juego, daba consejos certeros y prácticos que convenia aprovechar en la vida. Conocia lo más intrincado de todos los negocios, y más de un gran político, aun en

nuestros dias, habria hecho bien en tener presente esta máxima que á menudo ella repetia : « Las personas de talento cometen muchas faltas en gobierno, porque jamas creen al mundo tan necio como es. » Las nueve cartas suyas que se han publicado, y que fueron dirigidas al duque de Richelieu durante la campaña de 1743, nos la muestran en pleno ejercicio de ambicion, trabajando por apoderarse del mando para ella y su hermano el cardenal, en el corto momento en que el rey, emancipado por la muerte del cardenal Fleury, todavía no tiene manceba titulada como tal. Jamas ha sido juzgado Luis XV más á fondo ni con sentimientos de desprecio más perceptibles y mejor motivados que en estas nueve cartas de madama de Tencin. Ya en el año de 1743 tenía esta mujer de intriga rayos de luz que atraviesan el horizonte : « Á ménos que Dios no ponga remedio visiblemente, escribia, es materialmente imposible que el Estado deje de arruinarse. » Á esta maestra hábil consultó madama Geoffrin y de ella recibió buenos consejos, particularmente el de no rehusar jamas ninguna relacion, ni oferta alguna de amistad; pues si de diez nueve nada producen, una sola puede compensarlo todo; y luego, como mujer fecunda en recursos, decia ademas : « Todo sirve en casa, cuando uno tiene en sí con qué poner en obra las herramientas. »

Madama Geoffrin heredó pues parte del salon y del método de madama de Tencin; pero, conteniendo su habilidad en la esfera privada, la extendió notablemente y por una via muy honrosa. Madama de Tencin revolvia cielo y tierra por hacer de su hermano un primer ministro : madama Geoffrin dejó aparte la política, no se mezcló nunca en cosas de religion, y con su arte infinito, su espíritu perseverante y directivo, llegó á ser ella misma una especie de hábil administrador y casi un gran *ministro de la sociedad*, uno de esos ministros tanto más influyentes cuanto que lo son ménos de nombre y más permanentes.

Concibió desde luego esa máquina que se llama salon en toda su extension, y supo organizarla por completo con ruedas suaves, insensibles, pero sábias y cuidadas con perenne esmero.

No solamente comprendió en su solicitud á los literatos propiamente dichos, sino que se ocupó de los artistas, escultores y pintores, para ponerlos á todos en contacto entre sí y con las personas de distincion; en una palabra, concibió la Enciclopedia del siglo en accion y en conversacion al rededor suyo. Dió cada semana dos comidas de fundacion, el lúnes para los artistas : se veian en ella á los Vanloo, Vernet, Boucher, La Tour, Vien, Lagrenée, Soufflot, Lemoine, algunos aficionados de distincion y protectores de las artes, y algunos literatos como Marmontel para sostener la conversacion y poner en contacto á los unos con los otros. El miércoles era la comida de los literatos : se veian en ella á d'Alembert, Mairan, Marivaux, Marmontel, al caballero de Chastellux, Morellet, Saint-Lambert, Helvétius, Raynal, Thomas, Grimm, d'Holbach y Burigny de la Academia de las Inscripciones. Una sola mujer era admitida en ella con la dueña de la casa, la señorita de Lespinasse. Madama Geoffrin habia notado que muchas mujeres en una comida distraen á los convidados, dispersan y desparraman la conversacion : ella gustaba de la unidad y de permanecer siendo centro. Por la noche, la casa de madama Geoffrin continuaba abierta, y la tertulia terminaba con una cenita muy sencilla y exquisita, en que tomaban parte cinco ó seis amigos lo más, y esta vez tambien algunas mujeres, la flor y nata del gran mundo. Ni un solo extranjero de distincion vivia ó pasaba por París sin aspirar á ser admitido en casa de madama Geoffrin; los príncipes venian como simples particulares, y los embajadores no salian en cuanto habian puesto los piés en ella. La Europa estaba representada en la persona de los Caraccioli, de los Creutz, de los Galiani, de los Gatti, de los Hume y de los Gibbon.

Como se ve, de todos los salones del siglo XVIII, el más completo es el de madama Geoffrin. Lo es más que el de madama Du Deffand, quien, desde la defeccion de d'Alembert y de los demas que siguieron á la señorita de Lespinasse, quedó privada de casi todos los literatos. El salon de la señorita de Lespinasse, si se exceptúan cinco ó seis amigos íntimos, no estaba formado él mismo sino de gentes bastante

poco conocidas entre si, tomadas acá y acullá, y que esta discreta persona adecuaba con arte infinito. El salon de madama Geoffrin nos representa, por el contrário, el gran centro y el punto de cita del siglo XVIII. Hace contrapeso, con su accion decente y su regularidad animada, á las comidas y cenas libertinas de la señorita Quinault, de la señorita Guimard y de los financieros Pelletier y La Popelinière. Este salon vió formarse hácia el fin, por emulacion y un tanto por rivalidad con él, los salones del baron de Holbach y de madama Helvétius, compuestos en parte de la flor de los convidados de madama Geoffrin y en parte tambien de algunas cabezas que habian parecido á esta demasiado vivas para admitirlas en sus comidas. El siglo se aburria al fin de ser contenido por ella y llevado con andadores; queria hablar de todo en voz alta y hasta más no poder.

El espíritu que á madama Geoffrin guiaba en el manejo y economía de este pequeño imperio que con tanta amplitud habia concebido, era un espíritu de naturalidad, de precision y de delicadeza que descendia á los menores detalles, espíritu diestro, activo y afable. Habia hecho acepillar las esculturas de su habitacion : esto mismo sucedia en lo moral, y *Nada de relieve* parecia ser su divisa. « Mi espíritu, decia ella, es como mis piernas; me gusta pasear por terreno llano, pero no quiero trepar á una montaña por tener el placer de decir cuando he llegado á ella : *He subido á esta montaña.* » Le gustaba la sencillez, y en caso necesario la habria afectado un poco. Su actividad era de las que se hacen notar principalmente por el buen órden, una de esas actividades discretas que obran en todos los puntos casi en silencio é insensiblemente. Ama de casa, tiene la vista en todo; preside, reprende, pero de un modo que la es peculiar; quiere que callen á tiempo y hace la policía de su salon. Con una sola palabra : *¡Bueno esta eso!* hace parar á punto las conversaciones que se extravían en asuntos escabrosos y callar á los que se acaloran : como la temen, van á continuar su gresca en otra parte. Tiene por principio no hablar ella misma sino cuando es menester, y no intervenir sino en ciertos momentos, y esto sin tener demasiado tiempo la palabra.

Entónces es cuando aplica máximas sensatas, refiere cuentos picantes, moral anecdótica y en accion, aguzada regularmente por alguna expresion ó imágen muy familiar. Todo eso sólo está bien en su boca, lo sabe, y por eso dice « que no quiere que se prodiguen sus sermones, que se cuenten sus cuentos, ni que se toque á sus pinzas ».

Habiendo aceptado temprano el papel de mujer anciana y de *mamá* de las personas que recibe, tiene un medio de gobierno, un pequeño artificio que al fin se convierte en manía : consiste en regañar; pero este es negocio que entiende admirablemente. No todos los que quieren son regañados por ella, pues su regaño es la muestra mayor de su favor y direccion. El más querido es tambien el más regañado. Horacio Walpole, ántes de haberse pasado con banderas desplegadas al campo de madama Du Deffand, escribia de París á su amigo Gray :

« (25 de enero de 1766.) Madama Geoffrin, de quien habéis oido » hablar mucho, es una mujer extraordinaria, con más sentido comun » de lo que casi nunca he encontrado. Un golpe de vista muy rápido » para descubrir los caractéres, penetracion para llegar hasta el fondo » de cada uno y un lápiz que nunca yerra la semejanza ; y ésta rara » vez suele ser bella. Exige para sí y sabe conservarse, á pesar de » su nacimiento y de las absurdas preocupaciones de aquí sobre la » nobleza, una gran corte y miramientos sostenidos. Esto lo con- » sigue por mil artificios y servicios amistosos, y por una libertad y » una severidad que parece su único fin al atraerse á sí la gente, pues » no cesa de regañar á los que ha engatusado. Tiene poco gusto y » aun ménos saber ; pero protege á los artistas y autores, y hace la » corte á un corto número de personas para tener el crédito de ser » útil á sus protegidos. Ha hecho su educacion bajo la direccion de la » famosa madama de Tencin, quien le ha dado por regla que jamas » disguste á ningun hombre; pues, decia la astuta matrona, « aun » cuando de diez, nueve no se tomen una pizca de molestia por vos, » el décimo puede llegar á seros un amigo útil. » Ella no ha adoptado

» ni desechado por completo este plan ; pero ha conservado entera-
» mente el espíritu de la máxima. En una palabra, nos ofrece un
» compendio de imperio que subsiste por medio de recompensas y de
» penas. »

El cargo de mayordomo de su salon solia estar confiado generalmente á Burigny, uno de sus amigos más antiguos y uno de los más regañados de todos. Cuando habia alguna infraccion al reglamento ó estallaba alguna imprudencia de palabra, fácilmente solia echarle la culpa porque no habia puesto órden á tiempo.

Se reían de ello y hasta se chanceaban con ella misma, pero sometiéndose á este régimen que no dejaba de ser bastante rígido y exigente, á pesar de estar suavizado por tanta bondad y beneficencia. Este derecho de correccion se lo aseguraba ella constituyendo de vez en cuando en vuestra cabeza alguna buena rentita vitalicia, sin olvidar el regalo anual del calzon de terciopelo.

No sin razon habia Fontenelle instituido á madama Geoffrin por su albacea. Madama Geoffrin, bien observada, me parece haber sido por la índole de su espíritu, el método de su proceder y su género de influencia, el Fontenelle de las mujeres, un Fontenelle más activo en beneficencia (ya hablaremos luego de ese rasgo), pero un verdadero Fontenelle por la prudencia, por el modo de concebir y componer su dicha, por ese modo de decir, fácilmente familiar, epigramático é irónico sin acrimonia. Es en suma un Fontenelle que, por lo mismo que es mujer, tiene más vivacidad y un impulso más afectuoso y sensible. Pero, como á él, le gusta ante todo el reposo, ó la marcha por terreno llano. Todo lo que es ardiente en derredor suyo la inquieta, y cree que la razon misma deja de serlo cuando es apasionada. Un dia comparaba su espíritu á « un *rollo doblado* que se desenvuelve y se desenrolla por grados ». No tenía prisa en desenrollarlo de una vez : « Quizas cuando me muera, decia, el rollo no se halle todavía enteramente desplegado. » Esta prudente lentitud es un rasgo distintivo de su espíritu y de su influencia. Temia los arranques demasiado bruscos y las mudanzas muy prontas : « No es menester, decia, derribar la

casa vieja ántes de haber edificado una nueva. » Moderaba cuanto podia la época, ya vehemente, y procuraba disciplinarla. Era una mala nota cerca de ella, siendo del número de sus convidados, hacerse encerrar en la Bastilla; Marmontel se apercibió de que habia perdido mucho de su estimacion despues de su ocurrencia del *Belisario*. En una palabra, todavía continúa representando el espíritu filosófico ya, pero moderador todavía, de la primera parte del siglo, ínterin no habia cesado de reconocer ciertos límites. Me pinto bastante bien esa aplicacion constante de madama Geoffrin por una imágen : habia hecho añadir demasiado tarde una peluca (de mármol se entiende) al busto de Diderot por Falconet.

Su beneficencia era tan grande como ingeniosa, y en ella un verdadero dote de la naturaleza : tenía *el humor dadivoso*, como ella decia. *Dar y perdonar*, era su divisa. El beneficio de su parte era perpétuo. No podia prescindir de hacer regalos á todos, lo mismo al literato más pobre que á la emperatriz de Alemania, y los hacía con ese arte y esa extremada delicadeza que no permitia rehusar sin una especie de grosería. Su sensibilidad se habia perfeccionado con la práctica del bien y un tacto social exquisito. Como en todas sus otras prendas, habia en su beneficencia algo de singular y original que sólo en ella se veía. Se han citado mil rasgos suyos encantadores, imprevistos, que Sterne habria sabido utilizar; no mencionaré más que uno. Hacíanla notar un dia que todo en su casa era bueno, todo, excepto la *nata de la leche*, que era mala. — « ¿ Cómo ha de ser? dijo ella, no puedo cambiar mi lechera. » — « ¿ Pues qué ha hecho esa lechera para que no sea posible cambiarla? » — « Es que le he dado dos vacas. » — « ¡ Vaya una razon ! » exclamaron todos. Y en efecto, un dia que aquella lechera lloraba llena de afliccion porque habia perdido su vaca, madama Geoffrin le regaló dos, una más para consolarla despues de tanto como habia llorado, y desde ese dia tambien, no comprendia que pudiera nunca cambiar aquella lechera. Eso es lo raro y lo delicado, pues si muchas personas hubieran sido capaces de dar una y aun dos vacas, muy pocas hubiesen conservado la lechera ingrata ó negligente,

á pesar de su mala crema. Madama Geoffrin lo hacía por ella misma, por no disminuir la dulzura del recuerdo de una buena accion. Queria hacer el bien á su modo, esa era su cualidad distintiva. Así como regañaba, no por corregir, sino porque tal era su gusto, así daba tambien, no por hacer felices ó agradecidos, sino, ante todo, por la satisfaccion que experimentaba. Su beneficio llevaba impreso un carácter de brusquedad y de *humor;* no podia soportar el que le dieran las gracias : « Si álguien le manifestaba su reconocimiento, se ha dicho, excitaba en ella una cólera afable y casi formal. » Ella tenía acerca de esto una teoría completa que rayaba en paradoja, y hacía en toda forma el elogio de la ingratitud. Lo que más claro aparece en todo esto, es que, hasta cuando daba, queria *pagarse por su propia mano*, y que sabía saborear *á sus solas* el placer de hacer un favor. ¿ Lo diré todo? creo columbrar, aun en el seno de un natural excelente, esa marca de egoismo y sequedad inherente al siglo XVIII. La alumna de madama de Tencin, la amiga de Fontenelle, se deja ver de nuevo hasta en el momento en que obedece á su propension de corazon ; cede á ella sí, pero no de lleno todavía ni sin comentar toda cosa. Se sabe de Montesquieu tambien una bellísima accion de beneficencia, despues de lo cual eludió con brusquedad y casi con rudeza las gracias y las lágrimas del favorecido. El desprecio de los hombres se trasluce demasiado aquí hasta en el bienhechor. ¿ Es acaso momento oportuno para despreciarlos, precisamente aquel en que uno los eleva, los enternece ó los hace mejores? En el admirable capítulo de San Pablo sobre la Caridad, entre otros caractéres de esta virtud divina, se lee : « *Charitas non quærit quæ sua sunt... Non cogitat malum...* La Caridad no busca sus intereses. No piensa el mal. » Aquí, por el contrário, esta beneficencia mundana y social busca su placer, su gusto particular y su satisfaccion propia, y mezcla en ella ademas algo de malicia é ironía.

Ya sé todo lo que se puede decir en favor de esa virtud respetable y encantadora, hasta cuando piensa en sus intereses. Madama Geoffrin, siempre que le hablaban de eso, tenía mil buenas respuestas, y tan ingeniosas como ella : « Los que rara vez hacen favor,

decia, no tienen necesidad de máximas usuales; pero los que lo hacen á menudo deben favorecer de la manera más grata para sí mismos, *porque conviene hacer cómodamente lo que se quiere hacer todos los dias.* » Hay algo de Franklin en esa máxima, de Franklin corrigiendo y condensando algo el sentido espiritual de la Caridad segun San Pablo. Respetemos pues y honremos la liberalidad natural y razonada de madama Geoffrin; pero reconozcamos sin embargo que á toda esa bondad y beneficencia le falta cierta llama celestial, como le falta á todo ese espíritu y ese arte social del siglo XVIII una flor de imaginacion y de poesía, un fondo de luz igualmente celestial. Jamas se ve en su lontananza ni el azul del cielo ni la claridad de las estrellas.

Ya hemos podido formar idea de la forma y calidad del ingenio de madama Geoffrin. La calidad dominante en ella era la exactitud y el buen sentido. Horacio Walpole, á quien cito con gusto, buen juez y poco sospechoso, habia tratado mucho con madama Geoffrin ántes de haberse pasado á madama Du Deffand; la estimaba en extremo y nunca mentaba su nombre sino para decir que es una de las mejores cabezas, uno de los entendimientos mejores que ha encontrado y la persona que posee mayor conocimiento del mundo. Escribiendo á lady Hervey despues de haber sufrido un ataque de gota, decia :

« (París 13 de octubre de 1765.) Madama Geoffrin vino la otra » noche y estuvo sentada durante dos horas á mi cabecera; yo habria » jurado que era milady Hervey, tanta era la bondad que mostró » hácia mí. ¡Y lo hacía con tan buen sentido, buen modo, buen » consejo y tanta oportunidad! Tiene una manera de reprenderle á » uno que me encanta. Jamas, desde que nací, he visto persona que » penetre con tanto acierto los defectos, las vanidades y los fingi- » mientos de cada cual, que los ponga tan claramente de manifiesto y » que convenza de ello tan fácilmente. Jamas me habia gustado ántes » el ser corregido; no podéis figuraros el placer que esto me causa » ahora. Hago que sea á la vez mi confesor y mi director, y comienzo » á creer que al fin seré una persona razonable, cosa á que no habia » aspirado hasta aquí. La próxima vez que la vea, espero decirla sin

» falta : « *¡Oh Sentido comun!* siéntate ahí; hasta ahora he pensado » de tal y tal manera; ¿no es verdad que es muy absurda? » Por lo » que respecta á toda otra especie de sentido y sabiduría, nunca me » han agradado, y ahora los aborreceré á causa de ella. Si valiera la » pena de que se ocupara de tal cosa, puedo aseguraros, señora, que » podria manejarme como á un niño. »

En cualquiera ocurrencia habla de ella como de la razon misma.

Esto nos da ya una idea de la especie de encanto singular y regañon que ejercia en derredor suyo el buen sentido de madama Geoffrin. Se complacia en sermonear á su gente, y con mucha frecuencia conseguia que gustara la leccion. Cierto es que si no accedia uno á ello y se esquivaba de su afan de aconsejar y corregir, quedaba descontenta, y un tonillo más seco le advertia de que estaba herida en su flaco, en su pretension de mentor y de director.

Últimamente se ha impreso esta esquelita suya á David Hume, como muestra de su manera de *hartar* á las personas cuando estaba contenta de ellas; sólo suprimo las faltas de ortografía, pues madama Geoffrin no la sabía, ni lo ocultaba :

« Sólo os faltaba, picaronazo, para ser un perfecto petimetre, » representar el papel de bello desdeñoso, no contestando á la esquela » amorosa que os he escrito por medio de Gatti. Y para tener todas » las apariencias posibles, queréis pasar por modesto. »

Madama de Tencin llamaba á las personas de talento de su tertulia *sus bestias;* madama Geoffrin continuaba tratándolas por el estilo y algo á baqueta. Era regañona por oficio, por buena gracia de anciana y por continente.

Juzgaba de sus amigos y tertulianos con toda rectitud, y se han retenido palabras suyas muy terribles que se le escapaban, pero no ya chanceándose. Ella es quien dijo del abate Trublet, á quien se le llamaba en su presencia hombre de talento : « ¡ Él hombre de talento! es *un necio frotado con talento.* » Del duque de Nivernais decia : « Es hombre que en todo ha *marrado*, como guerrero, como embajador, como autor, etc. » Una vez que Rulhière leía en los salones sus Anécdotas manuscritas sobre la Rusia, ella que hubiera querido arrojarlas á la lumbre, le ofrecia indemnizarle con dinero. Rulhière se indignaba y hacía alarde de todos los grandes sentimientos de honor, desinteres y amor á la verdad; entónces ella sólo le respondió estas palabras : « ¿Queréis más? » Se ve que madama Geoffrin no era dulce sino cuando queria, y que esa benignidad de humor y de beneficencia encubria una experiencia amarga.

He citado ya á Franklin á propósito de ella. Algunas de sus máximas parece que provienen de un mismo buen sentido calculador é ingenioso, enteramente práctico. Habia hecho grabar en sus fichas esta máxima : « La economía es el orígen de la independencia y de la libertad. » Y esta otra : « No es menester dejar que crezca la yerba en el camino de la amistad. »

Su entendimiento era de los perspicuos de que ha hablado Pascal, que están acostumbrados á juzgar á primera vista y *de un golpe*, y que apénas se desdicen cuando alguna vez se han engañado. Son entendimientos que temen algo la fatiga y el tedio y cuyo juicio sano y á veces penetrante no es contínuo. Madama Geoffrin, dotada en grado eminente de esa clase de entendimiento, diferia en eso enteramente de madama Du Châtelet, por ejemplo, á quien le gustaba seguir y apurar un razonamiento. Esos entendimientos delicados y rápidos son propios sobre todo para el conocimiento del mundo y de los hombres; les agrada más pasear la vista que fijarla. Madama Geoffrin tenía necesidad, para no cansarse, de una gran variedad de personas y cosas. Los apresuramientos la sofocaban; la excesiva duracion, aunque fuera de un placer, se le hacía insoportable; « de la sociedad más amable, sólo queria lo que podia tomar en sus horas y á sus anchas. » Una visita que amenazara prolongarse y eternizarse le hacía palidecer.

Un dia que vió al buen abate de Saint-Pierre instalarse en su casa para pasar toda una velada de invierno, tuvo un momento de terror, pero, inspirada por lo crítico de la situacion, se dió tal maña que

sacó partido del digno abate y le hizo ser jocoso. Él mismo se admiró de ello, pues como al salir le felicitase por su buena conversacion, respondió : « Señora. no soy más que un instrumento que vos habéis tocado bien. »

En todo esto no hago más que extractar y resumir las Memorias del tiempo. Hay un placer más grande de lo que se supone en volver á leer esos autores del siglo XVIII reputados como secundarios y que son meramente excelentes en la prosa moderada. Nada más agradable, delicado y distinguido que las páginas que Marmontel consagró en sus Memorias á madama Geoffrin y á la pintura de esa sociedad. El mismo Morellet, cuando habla de ella, es no un pintor excelente, sino un perfecto analista ; la mano que escribe es algo torpe realmente, pero la pluma neta y fina. Hasta Thomas, que pasa por enfático, usa un estilo muy agradable y es felicísimo en sus expresiones tratándose de madama Geoffrin. Constantemente se repite que Thomas es pomposo ; pero nos hemos hecho nosotros mismos tan hinchados y metafóricos en nuestro modo habitual de escribir, que cuando vuelvo á leer á Thomas me parece sencillo.

El gran acontecimiento de madama Geoffrin fué el viaje que hizo á Polonia (1766), para ir á ver al rey Estanislao Poniatowski. Le habia conocido muy jóven en París y encontrádole como á otros muchos en el camino de sus beneficios. Apénas subió al trono de Polonia, la escribió : *Mamá, vuestro hijo es rey;* y la suplicó encarecidamente fuera á visitarle. No pudo resistir á su ruego, á pesar de su edad avanzada ; pasó por Viena, donde fué objeto de señaladas atenciones de los soberanos. Se ha creido que se deslizó en el fondo de este viaje una comisioncita diplomática. Tenemos las cartas que madama Geoffrin escribió de Varsovia, las cuales son encantadoras ; circularon por todo París, y no era de buen tono en aquel tiempo el ignorar su contenido. Voltaire escogió aquel tiempo para escribirla como á un poder ; la suplicaba que excitara el interes del rey de Polonia en favor de la familia Sirven. Madama Geoffrin tenía buena cabeza y este viaje no se la desvaneció. Como al escribirla Marmontel diera

á entender que estas atenciones de que era objeto una simple particular por parte de los monarcas iban á producir una revolucion en las ideas, madama Geoffrin le vuelve á colocar en el verdadero punto de vista, respondiéndole :

« No, vecino mio *(vecino*, porque Marmontel habitaba en su » casa), no, ni una palabra de todo eso : no sucederá nada de todo » lo que pensáis. Todas las cosas quedarán en el estado en que las » he encontrado, y tambien vos volveréis á encontrar mi corazon tal » cual lo conocéis, muy sensible á la amistad. »

Escribiendo á d'Alembert, tambien desde Varsovia, decia felicitándose de su lote y sin embriaguez :

« Cuando haya terminado este viaje, estoy persuadida de que » ya habré visto bastantes hombres y cosas para convencerme de que, » con corta diferencia, son los mismos en todas partes. Tengo ya mi » almacen de reflexiones y comparaciones bien provisto para el resto » de mi vida. »

Y movida por un sentimiento tan tierno como elevado, añade respecto de su real pupilo :

« Triste condicion es la de rey de Polonia. No me atrevo á decirle » hasta qué punto me parece desgraciado. ¡ Ah ! demasiadas veces lo » experimenta. Todo lo que he visto desde que abandoné mis penates » me hará dar gracias á Dios por haber nacido *francesa* y *simple par*· » *ticular*. »

Á su regreso de este viaje en que habia sido colmada de honores y de consideracion, aumentó su hábil modestia. Hay lugar á creer que esta modestia no era en ella más que una manera más suave, y llena de gusto, de llevar su amor propio y su gloria ; pero sobresalia en esta manera discreta y proporcionada. Como madama de Maintenon, pertenecia á esa raza de las *gloriosas modestas*. Cuando se la cumplimentaba y se la interrogaba acerca de este viaje, ya respondiera ó callara, ni habia afectacion en sus palabras ni en su silencio. Nadie mejor que ella conocia el arte de tratar con los grandes, sacar de ellos el provecho que era menester con naturalidad y permaneciendo

en todo y con todos y todos con aire desembarazado y en los límites de la buena crianza.

Como todos los poderes, tuvo el honor de ser atacada. Pallissot intentó presentarla dos veces en escena á título de patrona de los Enciclopedistas; pero el más sensible de todos los ataques para madama Geoffrin debió ser la publicacion de las Cartas familiares de Montesquieu, que el abate Guasco hizo imprimir en 1767 por desagradarla. Algunas palabrus de Montesquieu contra madama Geoffrin indican bastante lo que por otra parte se podria adivinar, que siempre entra algo de intriga y manejo doquiera hay hombres que gobernar, aunque sean las mujeres las que se encarguen de ello. Por lo demas, madama Geoffrin tuvo crédito bastante para hacer suspender la edicion y se pusieron cuartillas en los pasajes que hablaban de ella.

La última enfermedad de madama Geoffrin prensentó circunstancias singulares. Aun cuando sostenia con sus liberalidades á la *Enciclopedia,* siempre conservó un fondo de religion. La Harpe cuenta que tenía á su devocion un confesor capuchino, confesor de mangas muy anchas, para mayor comodidad de aquellos de sus amigos que hubiesen tenido necesidad de él; pues si no la agradaba que sus amigos se hicieran encerrar en la Bastilla, tampoco queria que murieran sin confesion. Por lo que toca á ella, aun viviendo con los filósofos, iba á misa y tenía la tribuna en la iglesia de los Capuchinos, como otras hubieran tenido su casita para vicios. La edad aumentó esta disposicion séria ó decorosa. Á consecuencia de un Jubileo que siguió demasiado exactamente en el verano de 1776, se quedó paralítica, y su hija, aprovechándose de este estado, cerró las puertas á los filósofos, cuya influencia sobre su madre temia. D'Alembert, Marmontel y Morellet fueron excluidos bruscamente; júzguese el rumor que esto causaria. Turgot escribia á Condorcet: « Compadezco á esa pobre madama Geoffrin por la esclavitud que sufre y porque sus últimos momentos serán envenenados por su pícara hija. » Madama Geoffrin no se pertenecia ya; aun al volver en sí, conoció que tenía que optar entre su hija y sus amigos, y la sangre

prevaleció : « Mi hija, decia sonriéndose, es como Godofredo de Bouillon, ha querido defender mi tumba contra los Infieles. » Sin embargo, hacía pasar por bajo de mano á esos mismos Infieles sus amistades y pesares y les enviaba regalos. Su razon estaba debilitada, pero su forma de entendimiento subsistia siempre, y solia despertarse para decir de esas palabras que la mostraban aun tal cual era. Hablábase un dia en derredor de su lecho de los medios que los gobiernos podrian emplear para hacer felices á los pueblos; y todos inventaban grandes cosas : « Añadid á eso, dijo ella, el cuidado de *proporcionar placeres,* cosa en que no se ocupan bastante. »

Murió en la parroquia de San Roque el 6 de octubre de 1777. — El nombre de madama Geoffrin y su género de influencia nos han recordado naturalmente otro nombre amable que es tarde ya para que pueda ser puesto aquí en parangon con el suyo. La madama Geoffrin de nuestros dias, madama Recamier, tuvo de más que la otra la juventud, la belleza, la poesía, las gracias y la estrella en la frente; añadamos una bondad no más ingeniosa, pero sí más angélica. Lo que madama Geoffrin tuvo de más en su gobierno de salon mucho más extenso y considerable, fué una razon más firme y más domiciliada en cierto modo, que hacía ménos esfuerzos é insinuaciones, ménos sacrificios al gusto de los demas; fué en fin ese buen sentido único de que nos ha dado tan cabal idea Walpole, un entendimiento no solamente delicado y fino, sino tambien exacto y *perspicaz.*